

FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA MORAL EN LA FAMILIA

María Pliego Ballesteros

María Pliego
Ballesteros



Maestra en Filosofía, UNAM.
Profesora fundadora de la Facultad de Pedagogía en la Universidad Panamericana.
Colabora en el programa Empresa-Familia en el curso de Apreciación del Arte del ICADE.

Autora, entre otros libros, de: «Valores y autoeducación»; «Tu familia merece libertad»; y «Los valores y la familia».
Correo electrónico: [mpliegob@mx.up.mx]

I. SU IMPORTANCIA HOY

Ante el bombardeo indiscriminado de información y desinformación, publicidad y manipulación, diversiones y espectáculos sanos e insanos, influencias positivas y negativas de parientes, amigos e incluso de instituciones que supuestamente poseen una función formativa pero que, con frecuencia, deforman y desorientan, la familia —hoy más que nunca— requiere profundizar, en su papel educativo, en una de las esferas más delicadas de la personalidad: la conciencia moral.

II. TEORÍAS ERRÓNEAS

Se han popularizado una serie de postulados que carecen de una fundamentación antropológica real. Al negar la espiritualidad humana, y por ende su libertad, caen en cualquier tipo de determinismo: biológico (herencia), psicológico (el motivo tiene de por sí tanta fuerza que mueve necesariamente la acción), sociológico (el medio en que se desenvuelve la persona determina su modo de actuar) o teológico (la predestinación).

Quizá el que más ha influido es el de corte freudiano, retomado incluso por Piaget: «la introyección de los juicios morales». Naturalmente, si fueran congruentes con sus premisas, la ética habría de ser suprimida. Si los actos humanos carecen de responsabilidad, no tiene sentido alguno hablar de su moralidad o inmoralidad. Por lo tanto, tampoco sería educable la conciencia moral. El reino de lo amoral debería imponerse.

III. QUÉ ES LA CONCIENCIA MORAL

A diferencia de la psicológica —el ser consciente de sí mismo; saberse diferente de los demás; ser capaz de decir *yo*—, la conciencia moral es un juicio del entendimiento práctico sobre la bondad o maldad de un acto. Al analizar esta sencilla definición, podemos considerar que sólo le es posible emitir un juicio a un ser racional en acto.

Por tanto, un bebé es incapaz de juzgar sobre la bondad o maldad, simplemente porque no tiene actualizadas sus facultades humanas que lo especifican como tal —inteligencia y voluntad—, sino tan sólo en potencia. Lo mismo sucedería con un débil mental, un loco o algún reo o secuestrado al que se le haya logrado incapacitar, a base de tormentos físicos y/o psíquicos.

El juicio lo emite el intelecto —no la afectividad ni la sensibilidad—, por lo que la manida frase: «Yo *siento* que esto no es malo», cae por su propio pie.

Sin embargo, hay que distinguir entre el entendimiento especulativo y el práctico. El primero conoce por conocer; el segundo, conoce para actuar. Esta referencia a la acción es primordial para su enfoque educativo, porque tocamos los terrenos del saber prudencial que se ve forzado a descender a la casuística. Los criterios y la ley moral son universales, pero la aplicación a cada circunstancia ha de encontrar eco en una decisión personalísima en la que el grado de libertad con la que se decida determina su grado de responsabilidad.

Si retomamos los determinismos antes mencionados, la experiencia misma nos muestra que evidentemente existen taras hereditarias que

impiden el ejercicio de la libertad, pero que no todos los humanos estamos programados genéticamente a tal grado que a ninguno puede imputársele el mérito o la culpa personal como consecuencia de sus actos. Ciertamente la carga hereditaria influye poderosamente en la mayoría, pero no la determina. Lo mismo podríamos afirmar de los otros factores: hablar de educación implica esencialmente afirmar el papel de la libertad. De lo contrario, únicamente cabría el adiestramiento, la manipulación, el temor, el inductramiento, la imposición, el terror...

Otra manera de definir la *conciencia* es ésta: *norma subjetiva y próxima de moralidad*. Por contraste, *la ley moral es la norma objetiva y remota a la luz de la cual ha de formarse la conciencia*. Por consiguiente, queda clara la no autonomía de la conciencia; esto es: ella no se impone a sí misma sus normas, si no que debe descubrirlas, estudiarlas, aceptarlas y someterse libremente a ellas, o sea, obedecerlas.

IV. ALGUNOS ARGUMENTOS QUE PUEDEN AYUDAR A LA FAMILIA

Si un papá no arguyera ninguna otra razón para que su hijo adolescente deje de hacer algo, sino únicamente: «Es malo porque lo digo yo: ¡te lo prohíbo!», podría obtener dos respuestas según la edad y la caracterología del hijo: sumisión o rebeldía. La primera crea dependencia y se puede cumplir por temor, pereza o indiferencia. La rebeldía puede encauzarse positivamente haciendo reflexionar hasta encontrar la verdadera razón de la permisividad o de la prohibición. Por ejemplo, si la mamá entrara al quite, explicando lo complejo de nuestra naturaleza:

— «Mira hijo: participamos del mundo material y estamos sujetos a la ley de la gravitación universal. Pero también tenemos funciones vegetativas (nutrición, circulación) y animales (sentidos externos e internos; instinto, afectividad...). Si subimos un escalón enorme más arriba, nos encontramos con lo que nos hace distintos de todos los animales, nuestra racionalidad (inteligencia y voluntad libre). Y si todavía damos el gran salto a lo absoluto, a lo trascendente, a lo sobrenatural, nos encontramos con la participación de la vida divina por la gracia. Si nos decidimos a realizar un acto que beneficie toda nuestra naturaleza, estamos ante la

bondad moral; pero si la perjudica en su totalidad o en sus estratos más altos, no dudes de calificar su maldad. Por ejemplo, tomar una copa de buen vino en buena compañía, beneficia: vegetativamente, puesto que nutre; sensitivamente, porque agrada al paladar; nuestra inteligencia se agiliza y nuestra voluntad puede propiciar el nacimiento de una amistad. Si además, sin hacer cosas raras, en nuestro interior, damos gracias a Dios por el don de la uva, del trabajo y de la amistad (“Ya comáis, ya bebáis, hacerlo todo en nombre del Señor”, afirma San Pablo), agradamos a nuestro Creador. Pero si en vez de una copa se bebiera en exceso, el hígado se arruina; el paladar ya no distingue entre cognac, mezcal o alcohol; la inteligencia se embota, se entorpece el lenguaje y se esclaviza la voluntad al grado de llegar a una adicción de la que es muy difícil escapar. Por si fuera poco, se ofende a Dios al comportarnos como bestias, despreciando los chispazos divinos que nos asemejan a Él y nos alejamos de la posibilidad de alcanzar la Verdad y la Bondad al impedir la acción de nuestro intelecto y nuestra voluntad».

V. SIN CIENCIA, NO HAY CONCIENCIA

La etimología de la palabra lo indica: *cum scientia*, con ciencia. El juicio particular debe estar sometido a uno universal. Por eso, el primer paso para formar la conciencia es un estudio de la ley universal que, por serlo, legisla a todo hombre de toda raza, época y latitud geográfica. Una ley así sólo puede emerger de la naturaleza humana. Recordando el ejemplo anterior de la copa de vino, se ve claro que algo es bueno no porque la ley lo mande, sino porque respeta el orden natural. Así mismo, no sería malo emborracharse o drogarse o suicidarse porque la ley lo prohíbe, sino porque estos actos dañan nuestra naturaleza, la ley moral los marca como ilícitos.

El estudio de la ley moral abarca tres estratos. *Primero*, la sindéresis o primeros principios morales: «Haz el bien y evita el mal». «No hagas a otros lo que no quieras para ti». De modo semejante al campo lógico —el principio de no contradicción—, no son principios innatos, sino adquiridos por experiencia, pero de tal modo reales que no requieren demostración ni introyección alguna puesto que se encuentran en el orden del ser real.

Segundo: La ley moral natural es la participación de la ley eterna o divina en el ser humano. Por lo vulnerable de nuestra naturaleza, no es tan evidente como los primeros principios que se quedan en un marco muy general. Especificar qué es hacer el bien y cuál mal debe evitarse, con una inteligencia obnubilada por la ignorancia o el error y una voluntad debilitada, es poco menos que imposible para un ser humano normal. Por eso hay que acudir al Decálogo. Los mandatos revelados por Quien no puede engañarse ni engañarnos, proporcionan seguridad y confianza a quien los recibe con amor.

Lo que mandan y prohíben cada unos de ellos, ha de profundizarse hasta sus últimas consecuencias; de lo contrario se corre el riesgo de caer en alguna enfermedad de la conciencia como el escrúpulo (juzgar como malo lo que no es) o la laxitud (creer que es bueno lo que no es).

Tercero: Si los padres de familia desean lo mejor para sus hijos, en el marco de una educación cristiana, sabrán que disponen de una enorme ayuda maternal para formar conciencias no sólo verdaderas, ciertas y rectas, sino delicadas. El Magisterio de la Iglesia ha recibido la potestad y la promesa de infalibilidad en cuestiones de fe y moral, para sacar las últimas consecuencias de los mandatos divinos, como celosa guardiana del derecho natural («Quien a vosotros oye, a Mí oye»).

VI. MÁS ARGUMENTOS QUE AYUDAN A FORMAR CONCIENCIAS

Un sabio maestro y periodista italiano del siglo XX, inventó un cuento curioso pero convincente. Más o menos decía así:

Imaginen a un millonario extravagante que acude a una prestigiada fábrica de automóviles, pide hablar con el ingeniero principal y solicita —cueste lo que cueste— un coche único en el mundo. Firman el convenio y lo trabajan con primor. Cuando está listo, le llaman y sale el ingeniero en jefe a entregar el flamante y nunca visto automóvil. Lo pondera para asegurarse de que el millonario lo valore y le recomienda una serie de medidas para cuidar con precisión un motor tan extraordinario (tipo de gasolina, de aceite...) y una carrocería única y tan aerodinámica. Pero ante

su admiración, el loco millonario exclama: «¡No! A mí el olor de la gasolina me marea y la viscosidad del aceite me da asco. Tengo suficiente dinero como para llenar el tanque de lo que a mí me guste: ¡de champagne y del más caro! Y lo untaré todo de mermelada porque es lo que me apetece».

El pobre ingeniero ya le podrá hacer ver que su coche no funcionará así y que va a destruirlo a las primeras de cambio, pero al final dirá: «Aquí está su llave, es suyo».

Así pasa muchas veces con el Ingeniero Divino que hizo nuestro motor (alma) y nuestra carrocería (cuerpo). Somos únicos e irrepetibles. Al entregarnos la llave de nuestra vida, nos dio «Diez sencillas reglas para su uso». Y es más, nos ha hecho carreteras («Yo soy el Camino...») y nos ha dejado quien nos ponga señales: «disminuya la velocidad», «curva peligrosa», «grava suelta», «zona de niebla», «frene», «alto total». Todo lo hace con amor Paterno y Materno para que gocemos de nuestro camino y lleguemos a nuestro último destino o felicidad. ¿Cómo no agradecerlo y obedecerlo?

¡Pero somos libres! «Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti» (San Agustín). Y el riesgo del mal uso de nuestra libertad puede llevarnos a la tontería de aquel millonario: «No, ya no me gusta mi esposa y ahora quiero a la rubia champagne». Podríamos oír, si estudiáramos con buena voluntad y tuviéramos vida interior: «Pero hijo, si tú estás hecho para ser feliz con una sola mujer hasta que la muerte los separe... Y no puedes invadir el carril de los que vienen en sentido contrario: te puedes matar tú y matar a los que vienen de regreso. Por ahí no llegas a tu destino, ni dejas llegar a los demás».

VII. PERO LA CONCIENCIA NO BASTA

La claridad de ideas ayuda mucho y sin embargo no es suficiente. Hay que educar la voluntad, fortalecerla con el ejercicio, para que quiera lo que la razón le propone. Por desgracia, el bien no se impone por sí solo: hay que batir lanzas por él, conquistarlo para amarlo. Entramos de lleno al ejercicio de las virtudes.

Vir significa fuerza. Para lograr la congruencia de vida, la voluntad requiere ejercitarse para fortalecer esos hábitos operativos buenos hasta que faciliten y hagan agradable la acción que, en un principio, parecía ardua y desagradable.

Los padres de familia que propician la adquisición de buenas costumbres en la infancia —orden, limpieza, seguridad que da el saberse aceptado, cariño, exigencia, comprensión—, habrán sembrado la buena semilla que con la actualización de las potencias superiores, se podrá transformar en hábitos libremente queridos.

VIII. NADIE ES BUEN PILOTO DE LA PROPIA NAVE

Aun así, con los dos pasos anteriores —el estudio de la norma objetiva de la moralidad y el ejercicio de las virtudes— la formación de la conciencia no puede considerarse ya terminada.

Todos: chicos y grandes, iletrados y eruditos, primarios y secundarios... necesitamos del buen consejo. Es necesaria la presencia de una persona docta, prudente, realista, que nos conozca, que posea el buen olor de la doctrina verdadera y a quien le manifestemos con toda sinceridad y claridad nuestra situación interior. No se trata de eludir responsabilidades sino de continuar formando nuestra conciencia con rectitud de intención y de buena voluntad. Las diferentes patologías de la conciencia (no únicamente el escrúpulo o laxitud, sino conciencias farisaicas, dubitativas o perplejas, probables, falsas o erróneas, o cauterizadas...), requieren de un buen médico que sepa aplicar la medicina conveniente a cada caso. Igual que con las ciencias médicas, podríamos afirmar que no hay medicina sino enfermos.

En la primera y segunda infancia, esta función compete a los padres de familia. Si no corrigen a tiempo, o no explican los *porqués* adecuándose a la personalidad de cada hijo, o no saben crear el ambiente de confianza, sencillez e intimidad para que cada uno manifieste lo que le ocurre, habrán perdido una oportunidad difícilmente recuperable. En la tercera infancia ya se puede contar con la inestimable ayuda, que trasciende el orden natural, del confesor y director espiritual, quien no sólo orienta

sino cura y fortalece, encauzando la gracia sacramental ya actual que requiera cada hijo. Si la influencia nociva del ambiente en ocasiones puede abrumar, también es verdad que la buena simiente sembrada por los padres de familia y las demás influencias verdaderamente educativas, darán frutos de plenitud si se vela con constancia y se lucha contra las plagas destructoras. ■

BIBLIOGRAFÍA

- ABERÁSTURI Y MARTÍNEZ, José Luis, **Educación la conciencia**, Palabra, Madrid, 2001, 227 p.
- BURKE, Cormac, **Conciencia y libertad**, Rialp, Madrid, 1976, 137 p.
- CHOZA, Jacinto, **Conciencia y afectividad: Aristóteles, Nietzsche, Freud**, EUNSA, Pamplona, 1978, 321 p.
- GARCÍA DE HARO Y GOYTISOLO, Ramón, **La conciencia moral**, Rialp, Madrid, 1978, 194 p.